

Ciudades que escriben, leen y relatan

Roberto San Salvador del Valle

Director Cities Lab Katedra / Universidad de Deusto

La relación entre ciudades y escritura, entre ciudades y lectura, se hunde en la noche de los tiempos. Las ciudades, desde su origen, a través de sus moradores necesitan escribir para comunicar, para contar, para recordar... Las ciudades, desde un inicio, necesitan leer para saber, para conocer, para aprender... Al principio, como privilegio de minorías aventajadas. Con el tiempo, como derecho de una mayoría alfabetizada y empoderada.

En la actualidad, los expertos apuntan que las ciudades se van imponiendo como los lugares donde vivimos una gran mayoría. Afirman que aquellos espacios, que nacieron en los cruces de caminos para el intercambio de excedentes, van a servir de lugar de asentamiento y encuentro para casi tres cuartas partes de la Humanidad. Manifiestan su inquietud con el hecho de que el espacio urbano se extiende como mancha incontrolada de aceite, por medio de suburbios infrahumanos para masas de emigrantes sobrevenidos o de suburbios de postín para ciudadanos que huyen de los centros de las ciudades. Alertan de cómo las mismas ciudades que encontraron en la producción industrial en cadena una inusitada capacidad de atracción de millones de personas, se encuentran ahora con grandes dificultades para dar empleo y vivienda digna a los últimos de la fila, a los recién llegados. Tuercen el gesto pensando en su desarrollo sostenible, en el modo en que transporte y movilidad, accesibilidad y usabilidad, comunicación y conectividad, cohesión y competitividad, identidad y diversidad, cotidianeidad y atractivo... van a convivir en el presente y el futuro de las metrópolis.

Posiblemente, las ciudades tendrán que ser escritas y ser leídas de nuevo, tendrán que hacer de sus habitantes y visitantes escritores y lectores empedernidos. Tal vez encuentren así, en la lectura sosegada de otros y en la reflexión que acompaña la escritura, respuestas a las inquietudes planteadas.

Ciudades en las que se escribe, ciudades que escriben

Las ciudades están hechas de tierra y suelos, aire y gases, agua y cauces. Y por ello, sus espacios y recursos son limitados.

Se edifican como infraviviendas, pisos, rascacielos, casas adosadas y unifamiliares. Se imbrican con cantones, calles, bulevares y avenidas. Se extienden por plazas, parques, estanques, arbolados, jardines, ríos, ramblas, corredores y anillos verdes. Se dotan de cabinas de teléfonos, señales de tráfico, baldosas, bancos y sillas, postes de luz, pantallas led, papeleras, móviles y celulares, fuentes, antenas, sensores y contenedores. Se entrelazan con redes inteligentes, desagües, alcantarillado, tendidos eléctricos, conducciones de gas y recogida neumática de basura.

Aprendemos en sus calles, hogares, escuelas, centros de formación profesional y universidades. Compramos y vendemos en sus pequeños comercios, quioscos, ultramarinos, mercados, franquicias, cadenas y grandes superficies. Trabajamos en sus talleres, fábricas, oficinas, tiendas, despachos, centros tecnológicos e incubadoras. Sanamos en sus farmacias, consultorios, ambulatorios, centros de salud y hospitales. Creamos y recreamos en lonjas alternativas, estudios de grabación, locales de ensayo, escenarios, galerías de arte, casas de cultura, centros de interpretación del patrimonio, teatros, bibliotecas, museos y palacios de congresos. Conversamos en *txokos*, bares, tabernas, cervecerías, cafeterías y restaurantes. Nos alojamos en viviendas, refugios, albergues, apartamentos, pensiones y hoteles. Practicamos y seguimos el deporte en plazas, pistas y recorridos improvisados, canchas al aire libre, polideportivos, gimnasios y *catedrales*. Rezamos en sus iglesias, sinagogas, mezquitas, pagodas y templos.

Hacemos ciudad en movimiento paseando, en bicicleta, coche, taxi, autobús, tranvía, funicular, metro, tren, barco y avión.

Sus ocupantes somos autóctonos, visitantes, turistas, inmigrantes y alegales; propietarios, inquilinos y sin techo; niños, adolescentes, jóvenes, adultos y mayores; mujeres y hombres; personas con iguales derechos y diversas capacidades; líderes reconocidos y marginados desconocidos; ricos, medios, pobres y excluidos.

Las ciudades son crisoles de diversidad, de diálogos inconclusos, de silencios y de ruidos, de conflictos inacabados, de consensos transitorios, de acuerdos caducos, de sueños y anhelos perennes.

Las ciudades están ahí para ser vistas y no vistas, oídas y escuchadas, olfateadas y reconocidas, degustadas por el paladar y tocadas con las yemas de los dedos. Porque las ciudades son un lujo para los sentidos.

Son páginas en blanco aún por escribir. Son libros escritos para ser leídos. Encierran bibliotecas enteras de estantes infinitos, con relatos vividos y compartidos.

A través de cruces y rincones descubrimos monografías históricas, complejos ensayos, biografías personales, novelas costumbristas, relatos épicos colectivos, versos de amor, cuentos con sueños incumplidos, poemas de paz y violencia, teatros plenos de alegrías y tristezas.

Las *ciudades en las que se escribe*, son *ciudades que escriben*. Las ciudades donde sus moradores llenan las páginas en blanco son ciudades que escriben relatos siempre a considerar en la historia de la Humanidad. Sus bibliotecas son bitácoras de lo vivido, pensado, sentido, aprendido, hecho... por las gentes que las transitaron.

Si aprendemos a leerlas aprenderemos a entender lo que fueron y lo que son. Y de hecho aprenderemos a ser, de algún modo, mejores.

Ciudades en las que se lee, ciudades que leen

En esos lugares, que llamamos ciudades, habitan los libros: en las cabezas de jóvenes y niños, en las plumas y teclados de escritores, en las mesas de editores, en los talleres de impresores, en las baldas de bibliotecas, en los consejos de libreros, en los estantes de las casas, en los bancos del olvido, en los contenedores de papel...

Nacen, crecen o mueren las *ciudades de los libros, ciudades literarias, ciudades de la lectura... ciudades en las que se lee, ciudades que leen*.

En algunas ciudades agonizan los libros impidiendo que el contenido de sus hojas impregne razones y corazones de las personas. En otras se da rienda suelta al goce y disfrute de libros y lecturas por parte de niños y mayores, de hombres y mujeres, de migrantes e inmigrantes, de activistas y enmohecidos...

Las *ciudades de la lectura* son lugares donde letras y palabras, historias que cuentan, emociones que suscitan, reacciones que provocan, se perciben en sus plazas, calles y casas. Sus páginas se llenan de vivencias y experiencias, opiniones y sentimientos, pequeñas y grandes historias, pasados lejanos y recientes, presentes incompletos y futuros anhelados.

Las personas que habitan las *ciudades de la lectura* se mueven por la pasión y la razón, alimentados por la poesía, la novela, el teatro y el ensayo. La ciudadanía creada en su entorno no discute los metros cuadrados concedidos a la lectura, porque entienden toda la ciudad como un libro abierto. Todo re-

curso parece insuficiente cuando se trata de fomentar la imaginación, creatividad o talento de la mano de la escritura y la lectura.

Las instituciones diseñan calles y avenidas, parques y plazas, como rincones para lenguas y letras, para conversaciones y confidencias. Las industrias de lo intangible se integran en polígonos industriales, parques tecnológicos e incubadoras. Y su influjo es tal, que hasta las industrias de lo más tangible incluyen horas de lectura y escritura entre las meritorias tareas de sus trabajadores. Las asociaciones son espacios para la crítica social y el goce estético, de la mano de autores clásicos y contemporáneos, de ligeros microrrelatos y sesudos ensayos. Los ciudadanos pasean pesados libros en papel y livianos libros electrónicos como signo de distinción y prestigio social. Las personas más vulnerables han hecho de los libros reivindicación de su propia dignidad y de la conquista de la equidad.

Todos han hecho de los indicadores, como los metros cuadrados de espacio para la lectura por habitante, los lectores por metro cuadrado y el número de páginas leídas al año por habitante, parte consustancial de su particular índice de desarrollo humano sostenible.

Las ciudades en las que se lee han transformado el mundo porque han aprendido de los errores por otros compartidos, y han mejorado su propia realidad gracias a las buenas prácticas por otros experimentadas. *Las ciudades que leen* rezuman dignidad y solidaridad.

Ciudades en las que se relata, ciudades que relatan

Las ciudades se enfrentan al reto de asegurar un umbral de subsistencia, cierto nivel de calidad de vida y bienestar, y de posibilitar condiciones para el desarrollo del bien ser y la felicidad.

La ciudad de la industrialización centraba todos sus esfuerzos en la producción de bienes y servicios que fueran garantizando la generalización de las clases medias emergentes. Pero las últimas décadas del siglo xx, al calor de la crisis de los años setenta, incorporaron otra visión más intangible de la existencia. Es el inicio del desarrollo de las *ciudades de la experiencia*, soportadas no tanto en la compraventa de bienes, productos o servicios, como en su capacidad para posibilitar la vivencia de experiencias.

La experiencia parte de aspectos objetivos tangibles, como la actividad, el tiempo, el espacio o los recursos, soportados en el acceso, uso y/o consumo de bienes, productos y servicios. Pero incide en los aspectos subjetivos, tales como las emociones, los sentimientos, las motivaciones, los valores o las per-

cepciones que acompañan las vivencias urbanas cotidianas y extraordinarias de las personas. Y es en esta segunda aproximación al ser humano donde se viene gestando un valor añadido de creatividad, desarrollo e innovación desde el último cuarto del siglo pasado.

Las *ciudades en las que se relata* son aquellas que generan experiencias de interés para los ciudadanos, habitantes y visitantes. Y con ellas crecen las industrias de lo intangible, sectores capaces de poner en valor aspectos de nuestra existencia más allá de la materialidad del producto. La música crece como espectáculo en vivo, festival y concierto. El deporte discurre entre manifestaciones colectivas, espectáculo de masas y prácticas individuales más introspectivas. La recreación al aire libre reivindica cada espacio urbano, y en el interior de equipamientos y hogares reconstruye vivencias fascinantes presenciales y virtuales. El turismo convierte lo anterior en viaje y aventura, tomando la ciudad como destino otrora impensable. Las industrias del ocio, de la mano del resto de las industrias creativas, revolucionan las ciudades hasta situar el valor de la experiencia muy por encima de sus contenedores materiales.

Estamos en las *ciudades de la experiencia*. La materialidad de bienes, productos y servicios son removidos por la fuerza de motivaciones y valores, motores de nuestra existencia.

Las ciudades se han convertido en el escenario privilegiado para la vivencia de experiencias. El magnetismo y atractivo de las ciudades se asocia, en gran medida, con la capacidad de sus habitantes en proponer al mundo un relato interesante, un relato que conecte con las motivaciones y valores de los potenciales visitantes.

Pero la mercantilización de la experiencia conlleva un serio riesgo de deshumanización, de manipulación del ser humano, de cosificación de los sentimientos, sin deontología ni ética que nos proteja. Las ciudades pueden convertirse en parques temáticos y paisajes artificiales, intercambiables, alejados de la autenticidad de las personas que las habitan y de sus vivencias memorables y significativas.

Las ciudades nos hacen cómplices cuando desarrollamos una experiencia positiva de la vida en ellas; y cuando las personas que nos visitan viven experiencias gratificantes, fruto del encuentro con la autenticidad de las personas y los paisajes por ellas contruidos; y cuando van dejando entre nosotros su propio relato de lo vivido.

Las ciudades son relatos de nuestra experiencia personal y colectiva. Son libros que escribimos a diario. Son lecturas a las que debiéramos dedicar más atención.

Las *ciudades en las que se relata*, las *ciudades que relatan*, son proveedoras de experiencias auténticas, memorables y significativas.

Ciudades en las que se gobierna, ciudades que gobiernan

Las ciudades que escriben. Las ciudades que leen. Las ciudades que relatan. En el fondo, ciudades que se gobiernan con una mirada distinta.

Una mirada transversal de las ciudades que contemple libros, lecturas y relatos como generadores de experiencias humanas. Una mirada que observe la necesidad de contar con una sociedad cohesionada, por la justicia social, la calidad de vida y el bienestar, la felicidad y el bien ser de su ciudadanía. Una mirada que impulse una economía competitiva, comprometida con la propia competencia y la cooperación con los demás. Una mirada que reivindique la ecología, el equilibrio, la sostenibilidad del modelo desarrollado en el uso y consumo de espacios y recursos. Una mirada que fomente la creatividad, aprendizaje, talento e innovación promovidos por la cultura. En definitiva, una mirada que haga de las ciudades de los libros, lecturas y relatos agentes del desarrollo humano sostenible, ecológico, económico, social y cultural.

Una mirada transectorial que incorpore el mundo de los libros, lecturas y relatos en ciudades gobernadas con la transparencia, confianza, corresponsabilidad y complicidad de instituciones, empresas, entidades sociales y ciudadanía. Las ciudades que escriben, leen y relatan lo hacen de modo colaborativo. Las ciudades de la lectura, escritura y experiencia no son responsabilidad de líderes políticos, ni de audaces empresarios, ni de reivindicativos movimientos asociativos, ni de lectores empedernidos. Son alianzas de distintos. Son impulsos colectivos. Son deseos de escribir textos, leer libros y de generar relatos que compartan experiencias propias y ajenas.